

**CAPITULO IV.**

Nunca es el diablo, amigos, mas maligno  
Que cuando por tapar su vil pezuña,  
De sotana ó capilla se embarduña.  
O viste la hopalanda de Calvino.

*Anónimo.*

Apenas Julian Peveril se habia hecho á la vela para Whitehaven, cuando, con arreglo á la orden repentina del mayor, su hija Adelaida, su aya y él mismo se pusieron con todo secreto y prontitud á bordo de una barca que debia llevarlos á Liverpool, acompañándolos tam-

bien Christian. Adelaida ya estaba enterada de que la confiarían á su tío, mientras estuviera separada de su padre, y el parentesco tan cercano con este hombre, su conversacion divertida, y sus modales agradables, aunque un tanto frios, la inclinaron á creerse, aun en su situacion de aislada, como muy feliz por tener semejante protector.

En Liverpool fué donde, como sabe ya el lector, Christian comenzó á poner de manifiesto sus planes infames, dando el primer paso para ponerlos en práctica, tales como los concibiera contra esta inocente doncella, cuando la llevó á la capilla de los no-conformistas con el fin de presentarla á las miradas livianas de Chiffinch, y de que este se convenciera ser su belleza extraordinaria y por lo tanto digna de la deshonrosa promocion á que se la destinaba.

Muy satisfecho ya Chiffinch del exterior de Adelaida, no lo quedó menos al ver el talento y buen juicio que manifestaba en su conversacion, cuando la volvió á ver en Londres en casa de su tío. Lo sencillo y fino de sus ad-

vertencias le movieron á mirarla casi con los mismos ojos que hubiera mirado su sabio criado, el cocinero francés, una nueva salsa bien picante y capaz de despertar el apetito saciado de un epicuréo estragado. Dijo y juró que era la verdadera piedra fundamental sobre la que algunas buenas gentes podian elevar su fortuna, valiéndose de las maniobras correspondientes y siguiendo sus instrucciones.

Juzgaron los confederados para introducirla en la morada, donde debia fijarse, ponerla bajo la direccion de una señora muy experimentada, llamada por algunos mistress Chiffinch y otros la moza de Chiffinch. Era esta una de aquellas mugeres obsequiosas, prontas á cumplir los deberes de una esposa, sin sugertarse á una ceremonia incómoda ni á lazos indisolubles.

Era una de las consecuencias de la licencia de esta época funesta para las costumbres, y tal vez no era la menos perjudicial lo muy nivelado del terreno donde se fijaban los limites del vicio y la virtud, pues que se aproximaba en sus extremos por un descenso tan

imperceptible, que la esposa fragil y la manceba cariñosa nada perdian en la sociedad, sino que por el contrario, como si fuesen astros de las esferas mas elevadas, tenian cabida en la sociedad y asiento entre las mugeres de rango distinguido, y de la mejor reputacion.

No causaba ya escándalo una *amistad* regular como la de Chiffinch y su bella; y era tal su influencia, por ser el primer ministro de los placeres de su amo, que, como decia el mismo Carlos, la señora Chiffinch habia logrado un privilegio real para tomar asiento entre las mugeres casadas. Y si se ha de hacer justicia á la buena señora, debemos decir que ninguna esposa legítima hubiera podido ser mas exacta en favorecer todos los proyectos de su marido, y en gastar sus rentas.

Llamábase cuarto de Chiffinch el local donde ella moraba, y era la escena de muchas intrigas amorosas y políticas. Carlos pasaba en él muchas tardes, cuando el mal humor de la duquesa de Portsmouth, su sultana reinante, no le permitia cenar con ella, lo que sucedia con bastante frecuencia. La ventaja que daba esta

circunstancia á un hombre como Chiffinch, quien sabia grandemente aprovecharla, le aseguraba tanta importancia que le consideraban aun los primeros personajes del Estado, á menos que no estuviesen poco enterados de las intrigas y política de la corte.

A esta mistress Chiffinch y al que la daba este nombre, encargó Eduardo Christian la hija de su hermana y de su amigo en exceso confiado. Consideraba con serenidad la perdida de su sobrina como un suceso cierto, y se li-songeaba de que con el tiempo seria esta misma la basa de una fortuna mas estable que la de una vida pasada hasta entonces en intrigas.

No descubria la inocencia de la pobre Adelaida nada de criminal, ni en el lujo extraordinario que la rodeaba, ni en los modales de su huésped cortés y cariñosa por caracter como por política. Y con todo, por una especie de instinto, reconocia no deber contarse en seguridad perfecta: sensacion que podrá tener cierta semejanza con la prevision del peligro que muestran los animales, cuando están próximos

á los enemigos naturales de su raza ; y por esto se ve que los pájaros se aproximan volando á la tierra cuando el halcon se fija en el aire , y los cuadrúpedos tiemblan cuando el tigre va por el desierto. Sentia ella un peso en el corazon que con nada se le aliviaba , y las pocas horas que habia pasado en casa de Chiffinch eran como las que pasa uno en la carcel sin saber porque está preso , ni cual el resultado de su prision.

A los tres dias de su arribo á Londres pasó la escena que hemos interrumpido y vamos á continuar.

Empson , á quien se sufría por sus talentos extraordinarios en tocar el caramillo , apuraba su impertinencia y tono grosero censurando á los demas músicos ; y mistress Chiffinch estaba escuchándole con frialdad y negligencia , cuando se oyó hablar en alta voz y con energia en el cuarto vecino.

— ¡Gemini y agua de clavo! \* exclamó ella olvidándose en este instante de su estu-

\* Juramento de aquel tiempo cuyo origen es dudoso. — Ed.

diada moderacion; y usando de su caracter grosero ; ¡con tal que no haya vuelto! Y si el viejo Rowley.....

Estaba en accion de abrir la puerta del cuarto inmediato , en que se hablaba ; ya tenia la mano puesta en la llave , pero la quitó tan pronto como si estuviera hecha ascua , al oir que llamaban muy quedito á la puerta principal de su cuarto. Recostóse de pronto en el canapé y dijo con voz lánguida: — ¡ Quien es ?

— El viejo Rowley en cuerpo y en alma , señora , respondió el rey al tiempo de entrar con aquel sosiego y franqueza que le caracterizaban.

— ¡ Dios mio! ¡ Vuestra Magestad!.... yo creia.....

— Sin duda , que yo no podia oirla ; y tú hablas de mí como de los amigos ausentes. No procures excusarte : me parece haber oido decir á no sé qué señora , mejor es tener blondas rasgadas que mal zurzidas. Siéntate. ¿ Donde está Chiffinch ?

— En York-House , señor , respondió la dama

procurando aunque con trabajo volver en sí de su turbacion. Haré que le comuniquen las órdenes de Vuestra Magestad.

— Esperaré que vuelva, dijo el rey. Quiero probar tu chocolate.

— Debe haberlo caliente en el oficio, respondió mistress Chiffinch; tocó un silbato de plata, y un negrito, ricamente vestido como un page del Oriente, con brazaletes y collar de oro, trajo en una bandeja el chocolate servido en porcelana la mas exquisita.

Tomando el rey su desayuno favorito, miró alrededor del cuarto, y habiendo visto á Fenella, Peveril y el músico en el arco de una ventana, dijo á mistress Chiffinch con indiferencia y cortesía: — Te envié esta mañana los violines, ó la flauta, por mejor decir, — á Empson con una pequeña hada, que hallé esta mañana en el parque, y que hechiza bailando. Nos ha traído ella de la corte de la reina de Mab\* la zarabanda mas nueva, y yo te la envié para saber lo que te parecia.

\* La reina de las hadas llamada tambien Titania, mujer de Oberon. — Ep.

— Vuestra Magestad me honra demasiado, respondió la dama con los ojos modestamente bajos, y con un tono de humildad estudiada.

— A la verdad, mi querida Chiffinch, dijo el rey con una familiaridad tan depresiva como á su cortesía le era permitido, no era solo por regalarte el oido, aunque merece oír sonidos mas suaves, por lo que mandé venir aquí á estos dos incomparables artistas, sino creyendo estuviese contigo esta mañana Nelly.

— La enviaré á llamar por Bajazet, señor.

— No, no, no quiero dar ese trabajo á tu sultanito pagano. Pero me parece haber oido á Chiffinch que tenias una huésped, una prima de provincia, ó cosa así. ¿No tienes á nadie en casa?

— Una joven que ha llegado de un pueblo, respondió mistress Chiffinch procurando cubrir su confusion; pero no está en disposicion de presentarse á Vuestra Magestad.

— Tanto mejor, Chiffinch: eso es precisamente lo que se requiere. No hay mayor encanto en la naturaleza que el primer sonrosado de una lugareña entre temerosa y alegre,

medio curiosa y sorprendida. Eso es la pelusilla que sirve de adorno al melocoton. Lástima es que dure tan poco. Siempre queda el fruto, pero el colorido vistoso y el sabor delicado desaparecen. No te muerdas por eso los labios, Chiffinch: esto es como yo lo digo. Haz que venga la bella prima.

Mistress Chiffinch, mas aturdida que nunca, fué poco á poco hácia la puerta del cuarto que habia estado antes al punto de abrir bruscamente cuando el rey llegaba; pero, al tiempo de toser ella bastante alto, tal vez para avisar á quien suponía estar en el cuarto, se abrió la puerta, entró Adelaida precipitadamente, y tras de ella el emprendedor duque de Buckingham que se paró, quedándose inmóvil de sorpresa, viendo que lo vivo de su ataque le habia traído á presencia del rey.

Adelaida Bridgenorth parecía demasiado enojada para fijar su atención en las personas que tenia delante de sí, y dirigiendo la palabra á mistress Chiffinch, dijo con la mayor resolución: — No estaré un momento mas en esta casa, señora: quiero dejar al instante una mo-

rada donde tan expuesta estoy con una compañía que detesto, y á sollicitaciones que me horrorizan.

Mistress Chiffinch, espantada, no pudo hacer mas que suplicarla en voz baja se sosegara, y decirla: — ¡El rey!.. ¡el rey!.. señalando á Carlos, que tenia fijos los ojos en el atrevido cortesano, mas bien que en la caza tras que corría.

— Si estoy en presencia del rey, dijo Adelaida en el mismo tono, al paso que se veían en sus ojos lágrimas arrancadas por el resentimiento y el ultraje del pudor, es una dicha para mí. Su Magestad debe protegerme, y yo imploro su amparo.

Estas palabras, pronunciadas en voz alta y con osadía noble, volvieron en sí á Julian, que hasta entonces habia estado como una estatua encantada. Acercóse á Adelaida, y habiéndole dicho al oído que tenia junto á sí quien la defendería con peligro de la vida, la rogó pusiese toda su confianza en él. Adelaida, tomándole del brazo, trasportada de gozo y gratitud, derramó un torrente de lágrimas, que sucedie-

ron al ánimo antes mostrado, viéndose favorecida por el mismo, cuya proteccion preferia sobre la de todos los mortales. Consintió que Peveril la retirase con lentitud hácia atrás, y sin desprenderse de su brazo, procuraba esconderse detrás de él; en esta posicion, sin hablar palabra; esperaron el desenlace de una escena tan singular.

A lo primero, pareció el rey tan sorprendido de la inesperada presencia de Buckingham, que no reparó en Adelaida, quien, sin querer, habia traído el duque con tan poca ceremonia delante de su soberano al tiempo mas inoportuno. No era la primera vez que se presentaba en esta corte de intrigas el duque de Buckingham como rival de su señor, y así su temeridad era menos perdonable por esta vez. Las quejas y porte de Adelaida explicaban los designios del duque introduciéndose en este cuarto, y Carlos, bien contra su buen genio y el hábito que tenia de dominarse, se incomodó tanto con la tentativa de seducir una moza para él destinada, como un sultan del Oriente se hubiera resentido por la insolencia de un

visir que se le adelantara en apoderarse de una bella esclava. Coloreáronse las pálidas facciones del rey, y le dijo con voz entrecortada por la ira:— Buckingham, ¡no te hubieras atrevido á insultar de este modo á uno de tus iguales! Pero nada tienes que temer haciendo á tu señor tal afrenta, porque su rango no le permite desenvainar la espada.

No dejó el cortesano altanero la reconvenccion sin respuesta.

— La mia, señor, nunca reposó en la vaina, dijo él con afectacion, cuando importaba sacarla en servicio de Vuestra Magestad.

— Vuestra Señoría quiere decir en servicio de su dueño mismo, contestó el rey; porque mal se podía ganar la corona de duque sin pelear por la del rey. Pero ya se dijo todo. Yo te he tratado como amigo, como compañero, casi como á un igual mio, y tú me has pagado con insolencia é ingratitude.

— Señor, dijo el duque con firmeza, pero con respeto, siento infinito haber disgustado á Vuestra Magestad; pero me alegro saber que si puede conceder honores, no puede retirar-

los ni empañarlos. Es muy duro, añadió acercándose al rey hablando de modo que no lo entendiesen los demás, es muy duro que las zalamerías de una chiqueta puedan hacer olvidar en un instante tantos años de servicios.

—Es mucho más duro también, replicó el rey en el mismo tono que conservaron ambos en el tal coloquio, que los lindos ojos de esa misma chiqueta puedan hacer que uno de los primeros señores del reino olvide hasta tal punto la decencia que debe guardarse en una casa real.

—Me permite Vuestra Magestad preguntar, ¿en qué consiste esa decencia? dijo Buckingham.

Carlos se mordió los labios por no echarse á reír. — Buckingham, dijo él, obramos como locos rematados. No debemos olvidar que nos ven estas gentes, y que nos precisa conservar nuestra dignidad en tal escena. Yo te haré ver á parte la falta que has cometido.

—Es muy bastante, señor, que Vuestra Magestad haya tenido algún disgusto, y, haber

sido yo la causa, aunque no tenga porque reprendirme sino de algunas palabras galantes, dijo el duque doblando la rodilla delante del rey, y imploro de vuestra piedad el perdón.

—Yo te le concedo, Jorge, dijo el príncipe, que con facilidad se aplacaba. Creo que tú te cansarás más pronto de ofenderme que yo de perdonarte.

—Ojalá, dijo el duque, tenga Vuestra Magestad vida bastante larga para cometer la misma culpa, de que ha tenido á bien acusar mi inocencia.

—¿Qué quereis decir, milor? dijo Carlos volviendo á fruncir las cejas.

—Vos, señor, sois demasiado honrado para negar que acostumbrais pedir á Cupido flechas prestadas con que hacer la caza furtiva en las tierras de otros. Vuestra Magestad se apropió el derecho general de caza en los dominios de todos sus vasallos. ¿Deberia pues mostrar tanto descontento porque oye silbar una flecha junto á la cerca de su parque?

—Vamos, no hablemos más de eso. Pero

veamos donde se ha refugiado la tórtola contra quien se habia desprendido la flecha.

—Mientras que estuvimos hablando, halló la Elena un París, señor.

—Di mejor un Orfeo, y lo peor es un Orfeo que tiene ya una Euridices. Ella se agarró al hombre de esta mañana.

—Eso es de miedo, señor, como Rochester, cuando se escondió en la caja de un contrabajo para que no le viera sir Dermot O'Claver.

—Duque, es menester que nos dé esta gente una prueba de sus talentos, y que nosotros les echemos á la boca un candado de plata, só pena de que no se hable en toda la ciudad mas que de esta tonta entrevista.

El rey, acercándose entonces á Julian, le dijo que tomase su instrumento, y que mandase á su compañera bailar una zarabanda.

—Ya he tenido el honor de decir á Vuestra Majestad que yo no soy músico, y que, de consiguiente, no puedo concurrir de ese modo al entretenimiento de Vuestra Magestad. Con respecto á esta joven, es...

—Criada de lady Powis, dijo el rey, sobre quien lo que no tenia relacion directa con sus diversiones, hacia muy poca impresion. ¡Pobre muger! no está muy á gusto en la Torre.

—Perdonad, señor, dijo Julian, pero yo he dicho que era criada de la condesa viuda de Derby.

—Cierto, sí, es verdad; de la condesa de Derby, que tambien tiene sus cuidadillos. ¿Sabes quien ha enseñado el baile á esta joven? Se parecen mucho algunos de sus pasos á los de Lejeune de Paris.

—Creo que aprendió á bailar en pais extranjero. En cuanto á mí, estoy encargado por la condesa de un negocio importante, y yo quisiera dar cuenta de él á Vuestra Magestad.

—Ya te enviaremos á la secretaría de Estado. Pero es necesario que esta bailarina, segun parece, enviada contigo, nos sirva otro plato de su oficina. Digo, Empson, me acuerdo que al son de tu caramillo bailó esta mañana. Vamos, comienza luego á dar movimiento vital á sus pies.